

ciones. Las influencias de Byron, Musset y Lamartine resultan incidentales. Reminiscencias conceptuales de la composición *El último poeta* de Grün se hallan en la rima IV. La rima V sigue el plan de *El espíritu y la materia* de María de Larrea.

Como rasgos de la forma y estructura de los versos de Bécquer, señala Monner Sans los siguientes: las coherentes imágenes sucesivas suelen aclararse en la estrofa final; el geométrico diseño de las rimas extensas responde a croquis mentales; la antítesis, la popular asonancia y los populares octosílabos se emplean con frecuencia. Las imágenes habituales de la poesía de Bécquer demuestran que era poeta más visual que auditivo. Podría agregarse ahora la frecuencia del paralelismo y de la correlación (en cinco rimas), artificios que imprimen cierto carácter a la poesía becqueriana (véase el capítulo *Las pluralidades paralelísticas de Bécquer*, en *Seis calas en la expresión literaria española*, de Dámaso Alonso y Carlos Bousoño, Madrid, 1951, págs. 187-227).

Por lo demás la perspicaz evaluación de los estudios que tratan de las influencias sobre Bécquer (Hendrix, Cossío, Díez-Canedo, Balbín Lucas, Dámaso Alonso y otros) y los numerosos datos bibliográficos aumentan el valor del prólogo. Lástima que se incluyan —como en otras ediciones recientes— algunas rimas de *Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer*, de Iglesias Figueroa; todas ellas son apócrifas. No deben incluirse las rimas LXXXIII-LXXXV, LXXXII-LXXXVIII y XC-XCIII, porque no son de Bécquer, como prueba J. Frutos Gómez de las Cortinas en su excelente estudio *La formación literaria de Bécquer*, *RBD*, IV, núms. 1-4, enero-diciembre, 1950, pág. 95.

HARVEY L. JOHNSON

Indiana University
Bloomington, Indiana.

CARLOS BOUSOÑO, *La poesía de Vicente Aleixandre*. Prólogo de Dámaso Alonso. Ediciones Ínsula. Madrid, 1950. 280 págs.

Un buen análisis —a la vez objetivo y entusiasta— de la poesía de Aleixandre, que tanta influencia ha tenido entre los poetas de la España actual.

En la primera parte del libro aparece la obra de Aleixandre como fruto un poco tardío, aunque original, de la poesía española de “los veinte”, poesía en parte impulsada por el modernismo y Juan Ramón Jiménez y que, por su espíritu irracional, considera Bousoño consecuencia última del romanticismo (pág. 32). Queda así Aleixandre colocado entre los poetas “visionarios”, hijos del irracionalismo de principios de siglo y del surrealismo. Siendo la poesía de Aleixandre superrealista, aunque a la española (dice justamente Bousoño que, por su falta de cohesión y de manifestos doctrinales precisos, el surrealismo no fué nunca en España tan sistemático como en Francia), se notan en ella las huellas de Rimbaud, Joyce y Freud (pág. 41), familiares para la mayoría de los poetas de la época. En cuanto a los antecedentes españoles de Aleixandre, Bousoño menciona la poesía popular, tantas veces irracional

y alógica en su expresión; habla de Bécquer como introductor de la "visión" en la poesía española moderna (antecedente remoto y casi aislado en una época de poesía "lógica" sería San Juan); presenta a Antonio Machado como maestro del símbolo, y a Juan Ramón Jiménez como máximo elaborador de lo que llama la "imagen continuada" (págs. 38-41).

De lleno, pues, en la corriente irracionalista de la vanguardia de su tiempo, la poesía de Aleixandre es un continuo buscar por el subconsciente con métodos visionarios; lo que pretende en sus libros más importantes, a partir de *Pasión de la tierra* (en *La destrucción o el amor* y en *Sombra del paraíso*, principalmente), es "expresar zonas del espíritu que podemos afirmar estaban, en cierto modo, vírgenes de revelación poética" (pág. 48). Producto de esta búsqueda por el mundo de lo irracional, la poesía de Aleixandre se nos aparece compleja, caótica muchas veces, sostenida por imágenes sentimentales alógicas semejantes a las que ha estudiado Amado Alonso en su libro sobre Pablo Neruda. Se deduce de esto que la casi barroca dificultad de la poesía de Aleixandre no es producto de artificio de orfebre, sino que responde a verdaderas necesidades de la expresión irracional (pág. 107).

En el resto del libro, Bousoño estudia cuidadosamente los pormenores de la compleja expresión del poeta. Analiza primero el versículo—principalmente endecasílabo, con sus combinaciones tradicionales: pentasílabo, heptasílabo, eneasílabo y alejandrino (pág. 128)—, el cual le parece un ensanchamiento de las posibilidades rítmicas de la expresión poética, y llega a la conclusión, a nuestro entender bastante exagerada, de que "quizá sólo un Góngora (o un Rubén Darío), a fuerza de maestría y mano izquierda, haya sido dueño de tan certeros y variados registros" (pág. 136). A continuación estudia la sintaxis y muestra cómo al fondo subconsciente irracional corresponde una forma sintáctica alógica. Luego, ya más en detalle, pasa a confirmar esto con el estudio del verbo, el gerundio, el artículo indeterminado y el adjetivo, tal como los emplea Aleixandre. Los capítulos xxii y xxiii, *Génesis de un poema* y *La estructura de un poema*, esbozan el proceso intuitivo de creación que sigue Aleixandre. Aquí nos habría gustado un poco más de precisión y profundidad (que se habrían logrado estudiando más borradores del poeta) para determinar mejor hasta qué punto es inconsciente el proceso de creación, que es lo que buscaba Bousoño en estos capítulos.

Los últimos capítulos del libro ofrecen menos interés: al presentar la visión del mundo de Aleixandre, Bousoño no trata de ir más allá de lo ya expuesto por Dámaso Alonso, Salinas y otros. Y no trata de ir más allá porque, dice, ese asunto le interesa menos que el puro estudio sintáctico. Esta renuncia nos parece la mayor limitación del libro, que, por lo demás, es de sumo interés para el conocimiento de la expresión irracional en la poesía contemporánea de lengua española.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

El Colegio de México.